

**Queridos Hermanos y Hermanas en Cristo,**

Esto ocurre cada domingo en cada parroquia. Usted puede verlo en cada época del año. Sólo necesita detenerse y tomar tiempo para notarlo. La próxima vez que vaya a la iglesia, espere un momento antes de entrar. Cuando veo a las personas salir de sus carros, y encaminarse hacia el edificio, me doy cuenta de cuán bendecido soy al *ver* cómo la Iglesia se congrega para orar:

Hay una pareja joven tomada de la mano, obviamente están enamorados. Unos cuantos niños corren en la acera, mientras sus padres saludan a personas conocidas. Una señora en silla de ruedas se acerca a la rampa que la conduce a la entrada y dos hombres se detienen para intercambiar las últimas noticias. Algunas caras son jóvenes con toda una vida frente a ellos. Otras caras muestran la sabiduría de los años al acercarse al crepúsculo de sus vidas.

Cuando usted ve a estas personas encaminándose hacia el edificio, se da cuenta que conoce a alguno de ellos. Hay otros a quienes no conoce, pero sus historias son familiares. Son nuestras historias. Es la historia de una madre soltera que tiene dos trabajos; es la persona que acaba de perder su empleo. Detrás de estas caras hay historias de éxito financiero y académico. Hay historias que hablan del gozo de ser padres y otras de enfrentar la infertilidad. Hay historias de adicción y de recuperación; historias de enfermedad y de cuidados. Cualquier domingo, el parqueo de la parroquia se llena con cada pena y cada gozo, con cada triunfo y cada batalla que enfrentan los seres humanos. Encaminándose a la entrada de la iglesia hay personas de cada raza y origen étnico. Ellos son nietos de emigrantes o emigrantes que recientemente han llegado. Estas historias se unen cada semana con un solo propósito: ser Iglesia. Ellos vienen para dejar que su historia sea tocada por la presencia de Jesús y su propia historia.

A través de los años, hemos visto un crecimiento notable y cambios que han ocurrido en los cuatro condados que forman la Diócesis de Metuchen. Lo que antes era campo ahora es zona residencial periférica. Áreas que una vez fueron pobladas por personas de origen europeo están ahora dándoles la bienvenida a emigrantes de muchas partes de Asia, India, Latinoamérica, África y del Caribe. Los negocios y las industrias han traído aquí personas de otros estados, que han dejado atrás a familiares. Como comunidad la vida se ha desarrollado al igual que los retos que traen las vidas ajetreadas y sobrecargadas.

En medio de los retos y cambios que estos años han traído consigo, las parroquias de la Diócesis de Metuchen han sido bendecidas por muchas generaciones. Nuestras parroquias han abierto las puertas; y los parroquianos han abierto sus corazones. Tanto en momentos de gozo como en momentos de oscuridad, nuestras parroquias han proveído la presencia de Jesús a todos los que lo buscan.

Hay una canción que muchos de nosotros cantamos al entrar por las puertas de nuestra iglesia. Con alegres voces y sincero corazón cantamos que en esta casa de

oración, todos sean bienvenidos. Esta es la experiencia que muchos de nosotros hemos tenido en nuestras parroquias, y por esto estamos agradecidos. Pero al ver esas historias humanas abrirse paso hacia las puertas de la iglesia, no podemos olvidar el preguntarnos, ¿quién falta? ¿La historia de quién no ha sido escuchada? ¿Quién no cree que su historia tenga valor, o que la comunidad de creyentes no esté completa sin su presencia?

Yo comienzo esta carta con gratitud por todo lo que ha habido. Más aún, yo comienzo con un sincero deseo de ofrecer mi corazón a quien no haya sentido un espíritu de acogida en nuestras parroquias. Ha habido muchos malos entendidos o desacuerdos. Quizás usted no ha visto que las personas en su parroquia vivan el mandato de Jesús, *Yo era extranjero y tú me recibiste*. (Mateo 25, 35) Quizás la vida se presenta ocupada y complicada. El tiempo pasa rápido y la distancia entre nosotros se hace más grande de lo que podemos imaginar. Nos preguntamos si hay un camino de regreso. Yo pido en mi oración que esta carta sea una invitación, un primer paso para que muchos encuentren el camino de regreso.

En su primera encíclica, *Deus Caritas Est*, el Papa Benedicto XVI escribe,

***Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello, una orientación decisiva.*** (Deus Caritas Est no. 1)

La parroquia debe ser el lugar de este encuentro. No importa el tamaño, la economía o la composición étnica, la historia o el número de empleados, el papel principal de una parroquia es ser ese encuentro. Debe ser el lugar donde se encuentra a Jesús en las esperanzas, los sueños, los sufrimientos y los gozos – la vida de la comunidad parroquial. Los programas y los calendarios carecen de sentido a menos que la parroquia vea que su misión es proveer un encuentro que nos lleve a Jesús.

Yo creo que el vivir esa misión es lo que hace a una parroquia vibrante. Ninguna parroquia puede ni podrá cumplir esta misión perfectamente o de la misma manera. Pero cada parroquia, a su propio modo, debe de estar lista para abrir sus puertas y decir a aquellos que buscan la fe: eres nuestro porque eres de Cristo.

Hay muchas formas en las que uno puede evaluar y reflexionar en el estado de una parroquia. Se pueden leer libros, hacer encuestas, desarrollar estrategias y programas. Estos pueden ser pasos importantes al evaluar la resonancia de una parroquia. El primer paso, yo creo, que tiene lugar cada vez que la comunidad se reúne para celebrar la liturgia. Si escuchamos atentos durante la liturgia, las palabras usadas, especialmente las de la Plegaria Eucarística, nos ayudan a reflexionar en cómo se vive la misión de Jesús en nuestra parroquia en este tiempo específico.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que la liturgia tiene el poder de formarnos.

*La Liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Por tanto, es el lugar privilegiado de la catequesis del Pueblo de Dios. La catequesis está intrínsecamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental, porque es en los sacramentos, y sobre todo en la Eucaristía, donde Jesucristo actúa en plenitud para la transformación de los hombres.*  
(1074)

La evaluación de la resonancia de una parroquia y la efectividad en el ministerio empieza con las palabras litúrgicas que transforman el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Esas mismas palabras buscan la transformación de los diversos grupos que se sientan en los bancos en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Estas palabras nos enseñan lo que una parroquia debe ser.

### **CONGREGAS A TU PUEBLO SIN CESAR**

Cuando yo estaba creciendo, las parroquias en mi barrio eran fuertemente étnicas. Cada una tenía grupos y organizaciones similares, al igual que eventos propios de cada grupo étnico. Se vivía la fe en cada uno de esos grupos, pero frecuentemente en forma aislada. Era muy difícil para una persona de diferente origen pertenecer a esas parroquias.

Como joven, quería pertenecer al programa del ministerio juvenil. Me dieron la acogida a este grupo en una parroquia que no era la mía. Como joven, no sólo me sentía atraído a una parroquia que tenía actividades para mí, sino a una parroquia que me decía, “bienvenido, aquí está tu lugar.” Esto se hizo parte importante de mi vida como estudiante de secundaria, y me ayudó a formar mi fe durante esos años.

Se dice que el sentido de pertenencia es uno de los aspectos más importantes en la vida de un adolescente. A mi modo de ver ese deseo de pertenencia continua con uno hasta la etapa adulta; nada más se ve de una forma diferente. Queremos encontrar un lugar en el cual nuestra historia sea escuchada, valorada y apreciada.

En las escrituras, hay poderosas imágenes de Dios congregando a su pueblo para formar una comunidad de creyentes. Desde la época de Ezequiel escuchamos estas emotivas palabras,

*Los recogeré de entre las naciones, los reuniré de todos los países, y los llevaré a su tierra... ustedes serán mi pueblo, y yo seré su Dios. (Capítulo 36: 24, 28)*

Una y otra vez, Dios forma comunidad: en el Éxodo, en el Monte Sinai, y en el

Mar de Galilea. En el desierto, o en la montaña o en la playa, aquellos que están congregados entienden que son hijos de Dios.

En su ministerio, Jesús no congrega una comunidad basándose en lazos sanguíneos o en país de origen. Él congrega como pueblo a aquellos que desean vivir y guardar la palabra de Dios. Jesús sin miedo proclama *todo el que hace la voluntad de Dios es mi hermano y mi hermana y mi madre*. (Marcos 3: 34) Y aquellos que viven la palabra de Dios llegan a entender que son hermanos y hermanas entre sí.

Algunas familias han sido parte de una parroquia por varias generaciones. Otros están de paso, mudándose a otro pueblo por razones de trabajo sabiendo que tendrán que mudarse otra vez en unos cuantos años. Una parroquia vibrante no se enfoca primeramente en *lo que hacemos*, sino en *quiénes somos*. Una parroquia puede tener muchos programas, pero es vibrante solamente cuando sus parroquianos entienden quiénes son: *hermanos y hermanas*.

Hace unos años, la parroquia era el centro de la vida de las personas. Se iba a la iglesia para la liturgia y para sus devociones, y también iban por cultura, para celebrar su herencia y comunidad. Hoy, la parroquia es frecuentemente el lugar para “ir a misa” y el centro comercial o los campos de football se han convertido en lugares para la comunidad.

Las parroquias vibrantes reconocen este cambio y no lo lamentan. Lo abrazan como una oportunidad para ayudar a las personas a ver la parroquia como una comunidad que los apoya, que juega con ellos al igual que ora. La parroquia entiende que su misión es dar lo que otros no pueden dar: el cuidado al alma. Algunas veces podemos hacer esto solamente persona por persona. Pero con el transcurso del tiempo, la parroquia se hace una comunidad más vibrante cuando sus miembros están dispuestos a acercarse a otros a quienes ven cada semana en la Misa y le preguntan su nombre.

Es por esto que el papel de los laicos es esencial en la vida de una parroquia vibrante. Los líderes laicos entienden la necesidad de balancear la vida familiar, el trabajo y la vida de la iglesia. Lo viven a diario. Ellos tienen la oportunidad única de mostrar a otros parroquianos cómo el participar en la vida de la parroquia puede dar sentido y dirección a sus vidas.

Los párrocos deben ser los pastores que congregan a la comunidad. Más aun, ellos deben de suscitar un espíritu de colaboración entre sus empleados, organizaciones y ministerios en la parroquia. Con el párroco como guía, toda la parroquia debe de entrar en el verdadero significado de la colaboración: identificando las necesidades de la comunidad y haciendo un llamado a usar sus dones para atender esas necesidades. Significa invitar a hombres y mujeres a compartir sus talentos y al mismo tiempo darles formación en sus ministerios y liderazgos.

Una parroquia vibrante entiende que el consejo parroquial pastoral es un foro muy importante para trabajar en colaboración. La composición del consejo parroquial puede variar dependiendo de varias circunstancias y factores en la parroquia. Los miembros del consejo usan sus talentos para ayudar a fortalecer el trabajo del párroco y su papel de guiar a la parroquia. La falta de ese consejo disminuye la habilidad de las personas y de sus párrocos de congregarse en torno a una misión y trabajar en colaboración para vivirla.

Nosotros tenemos hombres dedicados sirviendo como sacerdotes en la Diócesis de Metuchen. Pero muchos de ellos, están agotados y sobrecargados de responsabilidades. Muchos dedican largas horas a cosas para los que ellos no fueron ordenados. Yo necesito que los miembros de nuestras parroquias continuamente den un paso al frente para compartir estas cargas y responsabilidades con sus sacerdotes. El hacer esto, les da a nuestros sacerdotes la libertad para hacer las cosas para lo que fueron ordenados. Pueden así aconsejar a aquellos que sufren, estar a la cabecera de aquellos que agonizan en los hospitales y celebrar los sacramentos de la Iglesia con gozo.

La liturgia del domingo es el evento semanal que ve la congregación más grande y más variada de parroquianos. Una planeación cuidadosa y el uso adecuado de recursos se deben emplear para celebrar liturgias que estén llenas de gozo. La comunidad congregada debe experimentar la paz, la esperanza, el asombro, y la acogida que no puede encontrar fuera de las puertas de la iglesia. La palabra de Dios siempre nos desafiará. Pero la comunidad que se congrega para la liturgia debe salir con corazones renovados. La liturgia los debe ayudar a sentir que su encuentro con Jesús en este lugar los ayudará a enfrentar los retos de la semana venidera.

Cuando la comunidad se congrega, Jesús está verdaderamente presente, porque él nos dice *donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, ahí estoy yo*. (Mateo 18:20) Muchas personas están preocupadas porque en nuestra sociedad ha disminuido la reverencia y el aprecio por la presencia de Jesús, específicamente en la Eucaristía. Yo comparto esa preocupación. Me pregunto cuánto se relaciona esa falta de aprecio a la presencia de Jesús con la falta de aprecio entre nosotros. Caminamos unos al lado de los otros sin notar el dolor en los ojos del otro. Frecuentemente estamos ocupados en muchas cosas y nos distraemos de las que verdaderamente tienen importancia. Una comunidad vibrante fomenta entre sus miembros un sentido de presencia de unos para con los otros.

## **HAZLOS SANTOS POR EL PODER DE TU ESPÍRITU**

Hace años, la palabra conversión se usaba principalmente para describir la experiencia de una persona que de adulta, se hacía católica. Un convertido era identificado como una persona que había dejado una tradición religiosa para unirse a la Iglesia. Con el paso del tiempo, hemos profundizado nuestro entendimiento de esa palabra y de ese proceso. Por virtud de nuestro bautismo, todos somos convertidos. El reto y misión de nuestras vidas es el diario

movimiento de las cosas que no son de Cristo a las que si son de él. La conversión es un proceso que dura toda la vida haciendo que cada vez nuestras vidas se parezcan más a la de Jesús.

Nosotros escuchamos las palabras de la Plegaria Eucarística: *hazlos santos*. Es el momento en el que se invoca al Espíritu Santo, y se le pide que cambie estas cosas ordinarias – pan y vino – en la extraordinaria presencia real de Jesús. Muchas veces, cuando digo estas palabras, mis ojos son atraídos por la congregación. *Hazlos santos*, es también mi plegaria.

Algunas veces cuando escuchamos la palabra *santo*, pensamos en otra persona. Un santo es aquel que aparece en una estampa. O es una tía que iba a la iglesia todos los días y nunca decía nada malo de nadie. No creemos que nosotros también estemos llamados a ser santos. La santidad no consiste en ser perfectos, sin cometer ningún error, o nunca necesitando ser perdonados por Dios. La santidad consiste en el llamado que recibimos en nuestro bautismo a dejar que Cristo fuera visible en nuestras vidas. Esto no pasa de un día para otro; para la mayoría de nosotros tarda toda la vida. Este es el significado de conversión. Siglos atrás, el gran San Agustín dijo en una forma maravillosa cuando escribió sobre la Eucaristía: *se lo que ves; recibe lo que eres*.

Las parroquias que son vibrantes y vivas están siempre invitando a las personas a entrar en una vida más profunda con Cristo. Lo hacen mediante programas espirituales, estudios sobre las escrituras, días de oración y retiros. Lo hacen también mediante la celebración del Sacramento de la Reconciliación en un espíritu que habla la verdad de Jesús: no hay nada que puedas hacer que haga que Dios te ame menos.

Pero, se corre un riesgo si pensamos que esto es sólo un asunto de proveer programas que ayuden al crecimiento espiritual. Más importante aun, una parroquia vibrante sirve de modelo para la conversión continua animando a los grupos a dedicar tiempo a la oración y a la reflexión. ¿Cuántos de nosotros hemos asistido a reuniones que han sido iniciadas con una oración rápida y enseguida se ha entrado en los asuntos a tratar? Las parroquias necesitan modelar algo diferente. No importa qué reunión, se debe de prestar atención al tiempo que se dedica para que los grupos recen y compartan su fe. Esto puede ser arriesgado y convertirse en un reto ya que algunas personas no se sienten a gusto hablando de su fe. Pero la tarea primaria de cada parroquia es acercar las personas a Dios, y es por eso que debemos de usar cada oportunidad para hacerlo. No se cambiará la agenda ni el tiempo se habrá malgastado cuando se hace en un contexto de oración y de compartir la fe. El pasar tiempo en oración y reflexión puede ayudarnos a trabajar en medio de las diferencias, puede ayudarnos a encontrar la solución ante decisiones difíciles, y ayudarnos a apreciar un punto de vista diferente al nuestro.

Hay una nueva generación de familias, criando a sus hijos y haciendo lo mejor que pueden cada día. Muchos quieren crecer en forma espiritual, pero no tienen

ni el tiempo ni el entendimiento para hacerlo. Las parroquias vibrantes ponen mucho cuidado en las reuniones que tienen para los padres en las escuelas parroquiales o en los programas de formación religiosa. El ofrecerles una meditación dirigida o un tiempo para reflexionar en pequeños grupos sobre una pregunta específica puede sorprenderlos. Pero muchos pueden salir un poquito más renovados que si solamente se hubieran sentado a escuchar información que hubieran podido leer por sí mismos.

Una vez al año, los empleados parroquiales, los consejos pastorales y los líderes laicos deberían de reunirse para reflexionar sobre la salud espiritual de la parroquia. Deben de explorar creativamente nuevas formas para ayudar a los parroquianos con el desarrollo espiritual de sus vidas. Hay tantos trabajadores que viven vidas sobrecargadas. Hay tantos que experimentan la soledad, un sentido de aislamiento aun entre compañeros de trabajo y entre amigos. Hay muchos que sienten la tensión de la vida familiar y laboral. Las parroquias vibrantes no tienen miedo de preguntarse si las devociones y oportunidades para orar que ellos ofrecen ayudan a las necesidades espirituales actuales de la gente. De este modo las parroquias vibrantes invocan al Espíritu, pidiéndole que los haga santos.

## **HAGAN ESTO EN CONMEMORACIÓN MIA**

Algunas veces me pregunto: si Jesús caminara por la tierra hoy, ¿en qué escenario actual lo encontraría? Es muy probable que lo encuentre en el centro comercial – quizás en la sección de restaurantes hablando con la gente. Estaría sentado en la oficina para desempleados, y también en los campos cultivando vegetales. Probablemente estaría en un campo deportivo hablando con las madres de sus hijos. Estaría en una actividad para alimentar a los pobres, en la sala de emergencia de un hospital, o quizás caminando por la playa. Jesús fue dondequiera que la gente vivía y se reía. Él estaba donde trabajaban y jugaban. Después de un encuentro con Jesús, las personas regresaban a sus vidas sabiendo algo más sobre Dios y sobre ellos mismos.

Se dice que todo lo que hacemos enseña. Eso es lo que Jesús vivió. Hay algo muy conmovedor sobre la descripción de la Última cena en el Evangelio de Juan. No se menciona ni el pan ni el vino. Jesús se levanta y lava los pies a sus discípulos. *Yo les he dado ejemplo, y ustedes deben hacer como he hecho yo.* (Juan 13: 15)

*Todo lo que hacemos enseña.*

Una parroquia vibrante entiende que la formación y la educación son partes esenciales de su misión. Así como las clases y los programas son importantes, una parroquia vibrante entiende que esto comienza en un lugar más básico. Comienza dándonos cuenta de que todo lo que hacemos tiene el poder de enseñar. El modo en que se contesta el teléfono y la forma en que se acoge a los nuevos parroquianos tienen el poder de enseñar a los demás sobre Jesús. Estas son oportunidades para dar a conocer a los demás lo que significa ser su seguidor.

Cuando evaluamos nuestros programas de educación y formación debemos preguntarnos si hablan al corazón y a la mente de aquellos que estamos formando en la fe. Al hacerlo no debemos de olvidar tener una visión más amplia: ¿cuáles son los otros momentos mediante los cuales enseñamos que también necesitan nuestra evaluación?

Si cada momento de nuestras vidas es una oportunidad para aprender más sobre Jesús y su Evangelio, entonces nunca acabaremos de aprender ni de formarnos en nuestra fe. Una parroquia vibrante planea y diseña sus programas alrededor del entendimiento de que el aprender es un proceso que dura toda la vida. El celebrar el Sacramento de Confirmación o el graduarse de una escuela superior católica son acontecimientos importantes. Pero nunca son el final. Cuando la parroquia ve el aprendizaje como un proceso que dura toda la vida, entonces su forma de vida y sus programas adquieren una nueva visión. No nada más estamos dando información por importante que sea. Estamos transmitiendo una forma de vida católica: una forma concreta de ver al mundo y a nuestras vidas. Estamos transmitiendo una creencia que dice que Dios tiene un plan para mi vida, y se me dará un poder superior a mi mismo – el Espíritu Santo – para ayudarme a encontrar el camino.

Por varias generaciones, la educación parroquial y los programas de formación se llevaron a cabo con el modelo de salones de clase. Muchos de nosotros aprendimos lo que es ser católicos y las verdades de nuestra fe en ese modelo. Aunque esta continúa siendo una manera de formar a los niños en la fe, muchos piensan que se ha convertido en un modelo de formación menos efectivo.

Cuando Jesús contó las historias llamadas parábolas, o cuando se sentó en la ladera de la montaña a enseñar las Bienaventuranzas, le habló a todas las personas. No fueron separados de acuerdo a su edad o experiencia. Todos eran bienvenidos para escuchar la palabra y todos fueron desafiados a vivirla en la vida diaria.

Las parroquias que en este siglo buscan ser vibrantes – quienes desean compartir el mensaje de la fe en forma significativa – están llamados a ver la importancia de una formación en la fe que sea intergeneracional. En conmemoración de Jesús, nosotros congregamos a toda la comunidad – cada edad y cada experiencia de vida – y aprendemos juntos. Este modelo de educación y formación nos recuerda que aprendemos sobre la fe no siempre basados en grados escolares o en edades. Aprendemos como una sola familia caminando juntos.

Es importante ofrecer oportunidades de acuerdo a la edad para la formación y el aprendizaje, para grupos como el ministerio juvenil, y para la preparación a los sacramentos. Pero una parroquia vibrante, no obstante, busca encontrar formas para congregar a las familias – y a toda la familia parroquial – en un proceso de aprendizaje y crecimiento en la fe.

Probablemente no exista un mejor libro de texto para aprender y crecer en la fe

que los tiempos litúrgicos. Hay una belleza natural y un ritmo en cada uno de estos tiempos. Las historias, los rituales y las verdades espirituales de los tiempos litúrgicos nos acercan a la conmemoración de Jesús, y nos enseñan lo que significa ser sus seguidores. Los temas de estos tiempos también hablan a nuestras historias: la espera del Adviento; el llamado a cambiar nuestros corazones en la Cuaresma; y la cercanía de Dios en la vida diaria del Tiempo Ordinario.

Las parroquias vibrantes usan los tiempos litúrgicos como guía de planeación. Cuántas veces hemos oído esto: ¿Planeamos nuestra vida parroquial alrededor de los tiempos litúrgicos o nada más tratamos de “encajarlos” en nuestros ocupados calendarios? Sólo cuando los tiempos litúrgicos sean la guía para la planeación parroquial, le enseñaremos a la comunidad una nueva forma de mirar a sus propias vidas. Ellos viven la historia de sus vidas conociendo y abrazando la historia de Jesús. Esto es lo que estamos llamados a hacer en su memoria.

### **REÚNE EN TORNO A TI, PADRE MISERICORDIOSO, A TODOS TUS HIJOS DISPERSOS POR EL MUNDO**

Fue en los primeros años de mi sacerdocio que muchos de los cambios en la liturgia tuvieron lugar. La lengua vernácula reemplazó al latín. Los laicos fueron bienvenidos al santuario como ministros extraordinarios de la Eucaristía y lectores. El canto gregoriano dio paso a la música con sonido contemporáneo. Un cambio dramático fue el mover el altar. Ya no más estaría lejos de la congregación. Se acercó para que el sacerdote pudiera presidir la Misa de frente al pueblo.

Recuerdo el entusiasmo en aquellos días, y también la resistencia que muchos tenían a esos cambios. El párroco con quien yo trabajaba no quería mover el mobiliario del santuario, usando como razón que eran piezas de mármol imposible de mover. Yo me le acerqué y le dije, “Si puedo lograr mover el mobiliario, ¿usted me permitiría hacerlo?” Él estuvo de acuerdo, creyendo que sería imposible.

Energizado por el cambio – y por la nueva visión a la que nuestra Iglesia nos estaba llamando – me puse a trabajar. Con el número adecuado de personas y con mucho sudor, se movió el mobiliario del santuario. Ahora la liturgia podía ser celebrada en una forma accesible a todos.

Rompiendo barreras, y con disponibilidad para trabajar duro en el proceso no permitimos que la resistencia al cambio enfriara el Espíritu. Desde la época de Jesús, este es el ejemplo que la Iglesia ha dado en lo tocante a su misión social. Como comunidad de creyentes, nosotros estamos llamados a servir a aquellos en necesidad, a alimentar al hambriento, y a trabajar por poner fin a las estructuras que oprimen el espíritu humano.

Muchos de nosotros hemos enfrentado barreras que podrían herir nuestro

espíritu y desafiar nuestra fe. Hemos trabajado largas horas en trabajos difíciles, por un pago inadecuado y sin acceso a beneficios para el cuidado de la salud. Nos hemos preocupado por cómo pagar la renta y alimentar a nuestras familias. Algunos viven con problemas crónicos de salud. Otros enfrentan prejuicio e intolerancia.

En el documento, **Llamado a la Solidaridad Global**, los Obispos de los Estados Unidos escriben,

*La pregunta de Caín, “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?” (Génesis 4:9), tiene implicaciones globales y un reto especial para nuestro tiempo, tocando no solamente a un hermano, sino a todas nuestras hermanas y hermanos. ¿Somos responsables de los pobres del mundo? ¿Tenemos obligaciones con las personas que sufren en lugares remotos? ¿Debemos de responder a las necesidades de los refugiados que sufren en naciones distantes? ¿Somos guardianes de la creación para las generaciones futuras? Para los seguidores de Jesús la respuesta es sí.*

Las parroquias vibrantes siempre buscan vivir ese *sí*. Ellas están dispuestas a buscar dentro de las paredes de la iglesia y ver los retos vividos cada día por los miembros de la familia parroquial. Ellas están dispuestas a mirar más allá de las paredes de la iglesia hacia el mundo. Cuando lo hacen, no ven a extraños o a personas que ellos no pueden entender. Se ven a sí mismos. Ellos ven a hermanos y hermanas que comparten la misma historia humana. Ven el rostro de Jesús.

La gran enseñanza social de la Iglesia es reforzada cada semana en la Misa. El vínculo entre la Cena del Señor y el servicio a los demás está en el centro de nuestra identidad católica. Aquellos que son alimentados en la mesa por su Palabra y por la Eucaristía, regresan a sus vidas con una misión. Deben de llevar a la mesa de la familia humana a todos los hambrientos y a todos los sedientos.

Cada ser humano merece vivienda y alimentación adecuada, un justo salario, y el derecho a la vida, a la felicidad, a la paz y a la justicia. Las parroquias vibrantes unen los miembros de su comunidad a la familia humana mediante obras de caridad. Ellos promueven un entendimiento de las causas de la pobreza, la falta de viviendas y de la guerra. Estas obras de caridad varían de acuerdo a las habilidades de la parroquia. Podría consistir en preparar almuerzos para los desamparados, abogar por acciones legislativas, o trabajar por un mayor cuidado del ambiente. No importa qué trabajo o proyecto, la parroquia debe desarrollar un sentido de solidaridad con la familia humana. Cada sufrimiento humano es *mi* sufrimiento. Cada esperanza humana es *mi* esperanza. Cada historia humana es *mi* historia.

Es duro, especialmente en estos tiempos difíciles, tener una visión más amplia. Pero no debemos de permitir que nuestras propias luchas, por grandes que sean, no nos dejen ver nuestra responsabilidad ante la causa de la justicia y de la paz.

Trabajar para alimentar a los hambrientos, para ayudar a los que no están en este país legalmente, para proteger a los no nacidos, para poner fin al prejuicio y al racismo son sólo unos pocos de los tantos retos que nos enfrentan. Estos y otros asuntos son oportunidades para que varias parroquias colaboren, aunando sus recursos de tiempo, talentos y tesoro con un propósito común.

Los jóvenes, especialmente, deben ser animados a abrir sus corazones para trabajar por la justicia. Deben ser encaminados a entender que las obras de caridad, tales como horas de servicio en preparación para la Confirmación, no son sólo cosas que deben de hacerse. Para los seguidores de Jesús, esas cosas son un modo de vida. Los programas para el Ministerio Juvenil deben proveer a los jóvenes experiencias importantes y significativas para que entiendan la doctrina social de la Iglesia. Los niños son nuestro futuro, no sólo debemos darles esta visión, sino también las oportunidades para que vivan esa visión ahora.

Siempre va a haber resistencia al cambio, quizás insistirán diciendo que algunos problemas son muy grandes para nosotros. Una parroquia vibrante es siempre realista sobre lo que puede hacer pero está siempre dispuesta a retarse a sí misma: ¿qué barreras debemos quitar de nuestras vidas, para poder estar más unidos a nuestros hermanos y hermanas?

## **ESPERAMOS GOZAR PARA SIEMPRE DE LA PLENITUD ETERNA DE TU GLORIA**

Escribir una carta pastoral sobre la vida de las parroquias vibrantes es una difícil tarea. Hay tanto que podría decirse, y tantas áreas de la vida parroquial que son retos y bendiciones. La redacción de esta carta es el resultado directo del Sínodo Diocesano y de la implementación de sus normas. Mi esperanza al escribir esta carta es que la misma de inicio a muchas conversaciones en nuestras comunidades parroquiales. Yo espero que esta carta ofrezca a cada parroquia la oportunidad de identificar las áreas de la vida parroquial que están vivas y vibrantes; y a su vez le de a las parroquias el valor para identificar las áreas que necesitan trabajo o quizás cambios radicales.

Más importante aun, quiero que nuestras parroquias tengan una nueva visión de sí mismas: la parroquia es el lugar donde la persona puede encontrar a Jesús. A Él se le encuentra en una comunidad que es abierta y acogedora. A Él se le encuentra en una comunidad que honra cada historia humana y que desea formar a las personas en la fe. A Él se le encuentra en una comunidad que continuamente necesita que el Espíritu Santo los guíe.

Yo también espero que las familias parroquiales continúen explorando formas para acoger a aquellos que no nos acompañan regularmente los domingos. Es mi oración que algunas heridas sean sanadas, y que las parroquias sean renovadas para vivir nuestra fe con entusiasmo y gozo.

En este año de San Pablo, pienso en sus tantas cartas a las diferentes iglesias.

Muchas de ellas comienzan con su profundo sentido de gratitud hacia las personas de esas comunidades. Al concluir esta carta, yo al igual que San Pablo, agradezco a las parroquias de nuestra diócesis que desafían e inspiran mi propia historia de fe.

Estoy agradecido con mis sacerdotes, quienes son verdaderos padres de nuestras parroquias y se dan a sí mismos sin egoísmo.

Estoy agradecido con los diáconos, religiosos y los asistentes pastorales laicos, y los líderes parroquiales quienes aman y alimentan a nuestras parroquias, frecuentemente sin el debido reconocimiento.

Estoy agradecido con el pueblo de cada parroquia, quienes usan sus dones para que otros puedan conocer y amar la historia de Jesús.

Es difícil creer que casi 50 años han pasado desde el comienzo del Segundo Concilio Vaticano. Hay ahora una generación de adultos para quienes el término, “Vaticano II” tiene solamente un significado vago. Para algunos, es una forma de decir que la Iglesia de nuestros abuelos era diferente de la iglesia de ahora. El Concilio Vaticano Segundo fue más que unos cuantos cambios en el lenguaje o en los rituales. Como en otros tantos tiempos de la historia de la iglesia, fue un momento en el que la Iglesia abrió sus puertas, y contó la historia de Jesús – y lo que significa ser un seguidor de Jesús – a un mundo nuevo y cambiante.

En las vísperas de la sesión de apertura del Concilio Vaticano Segundo, tuvo lugar una vigilia en la plaza frente a la Basílica de San Pedro. El Beato Juan XXIII, el papa que convocó el Concilio, sorprendió a la muchedumbre cuando apareció en el balcón. En su espontánea charla bajo la luz de la luna, dijo,

*Al escuchar sus voces, la mía es sólo una que se suma a la voz de todo el mundo...al regresar a sus casas y encontrar a sus niños, abrácenlos...y cuando los encuentren con lágrimas que secar, denles una palabra de acogida...*

Es mi oración que nuestras voces se unan en alabanza a Dios y para propagar el Evangelio de Jesús. Que nuestras parroquias sean esas casas con puertas y corazones abiertos, donde todos los hijos de Dios encuentren una palabra de acogida dirigida a ellos.

+Paul Gregory Bootkoski  
Obispo de Metuchen, NJ  
Mayo 31, 2009  
Solemnidad de Pentecostés